

EL RECUADRO

España se encuentra, tristemente, en las posiciones de cabeza en la OCDE y en la Unión Europea de las clasificaciones de fracaso escolar, porcentaje de jóvenes que ni estudian ni trabajan, los llamados ninis, y paro juvenil.

En paralelo, la Industria, el sector económico clave para mantener el progreso y sostener el estado del bienestar, encabeza el crecimiento económico, a pesar de las dificultades de aprovisionamiento de materias primas y productos intermedios, del deficiente sistema de suministro energético y de la escasez de personal cualificado para cubrir las necesidades de las empresas.

La Industria es también el sector económico más expuesto a la competencia global y basa su éxito en una elevada productividad, lo que exige excelentes infraestructuras, sofisticados bienes de equipo y un personal muy bien formado para aprovecharlos y hacerlos eficientes, competitivos y rentables.

La actividad industrial está desde hace años en un proceso de revolución tecnológica continua. Investigación e innovación no dejan de proponer al mercado nuevos materiales, tecnologías y procesos que elevan la exigencia competitiva y empujan a la marginalidad a quienes no se adaptan a ellos.

Investigación e innovación, se basan en el conocimiento y la formación desde las universidades y los institutos de investigación y las propias empresas, hasta los trabajadores que con sus aportaciones ayudan a innovar en productos y procesos en el día a día de la producción industrial.

Conocimiento y formación deben estar en permanente evolución y adaptación, pero las empresas industriales españolas se encuentran con un importante desajuste entre los perfiles profesionales que demandan y los que la formación reglada ofrece. Mientras fracaso escolar y paro juvenil se mantienen en niveles vergonzantes, la oferta formativa está muy lejos de adecuarse a los requerimientos reales del mercado laboral. Apenas hay formación ajustada a las exigencias de los puestos de trabajo que está creando la revolución tecnológica en la que está inmersa la Industria, que ve como no puede cubrir muchos de sus empleos tradicionales hoy evolucionados, perdiendo productividad y competitividad y reduciendo su contribución al crecimiento económico.

La Industria crece y ofrece buenas expectativas, pero carece de profesionales formados y ello a pesar de que ofrece empleo más estable, mejor remunerado y mayores posibilidades de promoción y crecimiento profesional. Además, su efecto multiplicador en el conjunto de la economía supone que cada nuevo puesto de trabajo industrial genera dos más en los sectores del comercio y los servicios.

La competitividad externa e interna de nuestra economía, la innovación, la viabilidad de nuestro modelo de protección social, la inclusión y la sostenibilidad medioambiental, centran el debate político y generan propuestas con muy distintos grados de fundamento y de posibilidades de ser aplicadas con éxito. Pero todas ellas tienen en común el hecho de que serán irrealizables sin una fuerza laboral bien formada y motivada.

En ese exigente escenario, para afrontar esos retos y aprovechar la innovación, la Industria necesita, como ninguna otra actividad, personal cualificado y formado atendiendo a la realidad económica y productiva. Eso exige políticas estables y sistemas flexibles de formación para adaptar a los trabajadores al cambio constante de técnicas y tecnologías que imponen los mercados.

La tramitación en las Cortes de una norma que acerque la formación a las necesidades reales del tejido productivo es una oportunidad para el conjunto de la economía española y para aplicar en su definición, desarrollo e implementación criterios de calidad, evaluación de impacto, eficacia y buena utilización de los medios económicos que el conjunto de la sociedad dedica a la cualificación de sus profesionales y, en consecuencia, a asegurar su futuro.